

Peccata minuta

Mujeres y hombres

JOAN
Ollé



Analizábamos en clase un poema de **Gabriel Ferrater**: «Ella dorm. L'hora que els homes ja s'han despertat, i poca llum entra encara a ferir-los». Y una de mis alumnas mostró su preocupación ante estas palabras al adivinar en ellas redobles machistas. «¿Por qué?», le pregunté. Ella vino a decir que el hombre, los hombres, se han levantado para ir al trabajo mientras ella, ellas, se ocuparán plácidamente de las tareas domésticas.

Le señalé que, a mi parecer, la intención del poeta era apuntar esta soledad acompañada a esta hora magna que precede al día, y que este instante único bien podría ser sentido y descrito por una mujer en caso de que hubiese sido ella la primera en levantarse –cosa muy factible en el caso de **Ferrater**, a quien gustaba apurar las últimas copas de la madrugada-. La cosa acabó en tablas. Luego, a la hora de decidir con el alumnado si haríamos huelga, otra muchacha me indicó que podía abstenerme, ya que paro y manifestaciones debían ser secundadas únicamente por señoras, para visibilizar así su protagonismo.

Ante mi estupefacción por ser considerado el bando enemigo de una guerra que no deseo, decidí lla-

mar a mi amiga y colega de EL PERIÓDICO **Emma Riverola**, nada tibia en terrenos de determinación feminista. Le expliqué, entre preocupación y broma, mi caso, y ella, como Doña Elena Francis en su consultorio, respondió: «Mi querido amigo: ¿recuerdas que hace algún tiempo citaste en un artículo un proverbio que me encantó, 'Votad muy rojo, que luego ya desteñirá'. Pues mira: más de lo mismo». Gracias, Emma. Quiero felicitar al también amigo y colega **Josep Maria Fonalleras** por apuntar en su columna el trotskista concepto de «revolución permanente» como libro de estilo para mejorar día a día y detalle a detalle nuestra futura relación con las personas del otro sexo (así como, naturalmente, con las del nuestro).

No: la gran guerra, la más antigua y cruenta no fue ni es entre blancos y negros, ni ricos y pobres, ni judíos y musulmanes, sino entre hombre y mujer. ¿Cómo puede imaginarse que en la, según proclaman, tan democrática España, la brecha entre sueldos femeninos y masculinos desborde el vergonzante diferencial del 23%? ¿No habría que sacar urgentemente a la luz a las empresas privadas e instituciones públicas que practican con naturalidad este *apartheid*?

Sí, decidí renunciar a un día de sueldo –asqueado de localismos– por su carácter universal, para ocupar la plaza vacante de **Inés Arriadas**, y, sobre todo, para ponerme en la piel de tantísimas mujeres (y hombres) que, siendo las más necesitadas, no habrán podido participar en la huelga porque sus disminuidos ingresos y sus delicadísimos contratos en precario no lo aconsejan en absoluto. ≡

Pequeño observatorio

JOSEP MARIA
Espinàs



El lamentable abuso de la palabra

Finalmente me he decidido a hablar de un tema que no parece muy serio: la existencia de charlatanes. Que quede claro de entrada que hablar y charlar son dos cosas muy diferentes. Cambiar una palabra por otra supone siempre un cambio de matiz, o incluso expresar otra idea.

Ni que decir tiene que las palabras son muy importantes pero a menudo las maltratamos. Miro de vez en cuando algunos programas de televisión en los que cuatro o seis personas practican lo que se llama debates. Un debate, como el lector ya sabe, es una discusión entre varias personas que suelen defender posiciones diferentes o contrapuestas.

Pero la siguiente condición es básica: quienes opinan deben estar sujetos a unas normas de intervención, y exposición de sus criterios o

Hablar y dejar hablar, de forma alternativa, a los demás es hoy una aptitud rarísima

argumentos. Para que todo funcione como es debido existe la figura del conductor del debate. El problema es, habitualmente, que al moderador no le es fácil imponerse a la superposición de opiniones que se manifiestan con vehemencia. El moderador quiere ser educado y no se atreve a ser impositivo, como hacen algunas tradicionales expresiones valencianas: «*Calle vostè, parle vostè*».

A veces miro un programa que me podría interesar pero lo abandono cuando veo que, de hecho, es un programa de interrupciones. Hablar y, alternativamente, dejar hablar a los demás es una aptitud rarísima. Y la ironía podría ser eficaz si no fuera por que la irritación verbal tiene más fuerza.

Recuerdo un tiempo en que estaban de moda en las charlas. Alguien hablaba ante unas personas que escuchaban. Cuando el invitado había terminado su exposición del tema, los asistentes tenían la palabra. Uno tras otro. Ahora veo que en la tele lo que se llama un batiburrillo, que si no me equivoco, debe tener alguna relación con *batir*. Muchos de estos que abusan del uso de la palabra parece que quieren batir el récord de la impertinencia. ≡

LOS SÁBADOS, CIENCIA

Dos madres excepcionales

Maria Mendeleev y Clara Hoffmann impulsaron el avance de la química aunque nunca pisaran un laboratorio

ADELA
Muñoz Páez



Debe de haber pocas aulas de química en el mundo en las que no figure la obra de **Dmitri Mendeleev** (Tobolsk, Siberia, 1834). A mis alumnos de la Universidad de Sevilla les enseñé la que está a la entrada de mi departamento, en la que cada cajoncito alberga una muestra de un elemento químico en un recipiente de vidrio sellado. Obviamente me refiero a la tabla periódica de los elementos, un recurso pedagógico de este profesor de química tan acertado que solo con saber el lugar que cada elemento ocupa en la misma, se pueden deducir sus propiedades y predecir el tipo de compuestos que formará.

Aunque **Dmitri Mendeleev** es muy conocido, poca gente sabe que pudo desarrollar su carrera científica gracias a una mujer excepcional, **Maria Dmitrievna Mendeleev**, su madre. Decidió sacar a su hijo **Dmitri**, el menor de los 14 (o 17) que había parido, de su Siberia natal para llevarlo a Moscú y San Petersburgo con objeto de que pudiera continuar sus estudios pese a ser viuda y estar arruinada. En reconocimiento, él le dedicó uno de sus libros:

«Esta investigación está dedicada a la memoria de una madre por su hijo menor. Ella lo educó por sus propios medios mientras dirigía una fábrica. Lo instruyó con el ejemplo, lo corrigió con amor, y para hacer que se dedicara a la ciencia dejó Siberia



MIRTA ARIGORIA

con él gastando sus últimos recursos y fuerzas. Mientras moría, ella le dijo: 'Refrena las quimeras, insiste en el trabajo y no en las palabras, busca pacientemente las verdades científica y divina'. **Dmitri Mendeleev** considera sagradas las palabras de su madre moribunda». La tabla periódica fue su forma de honrar esas palabras.

ROALD HOFFMANN, miembro de la Universidad de Cornell (Nueva York, EEUU) que recibió el Nobel de Química en 1981, ha aplicado las reglas de la mecánica cuántica para explicar de una forma clara y concisa por qué y cómo tienen lugar las reacciones químicas. Su carrera científica, y su vida, no habrían sido posibles sin su extraordinaria madre.

Nació en Zloczow, entonces Polonia, en 1937 en el seno de una próspera familia judía formada por **Hillel**

y **Clara Safran**, ingeniero y profesora, cuyas vidas fueron dramáticamente alteradas cuando en 1939 su patria fue invadida por los rusos al inicio de la segunda guerra mundial. En 1941 la región cayó bajo el dominio nazi y los Safran fueron llevados a un campo de trabajo forzado de donde **Roald** y su madre pudieron escapar; su padre en cambio permaneció en el mismo para participar en una sublevación. El complot fue descubierto, **Hillel** fue ejecutado y **Roald** y su madre se escondieron en el ático que había sobre la escuela de una aldea vecina ayudados por la familia del maestro. Lo que **Clara Safran** hizo durante los 18 meses siguientes se me antoja milagroso: mantener a un niño de 4 años en una buhardilla sin que hiciera ningún ruido que pudiera delatarlos, dado que el suelo era el techo de la escuela donde estudiaban, entre

otros, los hijos de los nazis locales.

Durante su reciente visita a la Universidad de Sevilla, el profesor **Hoffmann** nos contó cómo él observaba a través de las rendijas de las tablas que tapaban las ventanas de la buhardilla a los niños de la escuela mientras jugaban a la hora del recreo. Pero también nos habló de los maravillosos momentos vividos con su madre. Como tenían viejos atlas de la escuela, su madre inventó un juego denominado *Húmedo o seco*, en el que le daba la latitud y la longitud de un punto y él tenía que adivinar si estaba en tierra o en mar. También tenía que describir las rutas y los medios de transporte para ir de un lado a otro del globo en unos viajes imaginarios con los que Clara logró que su hijo escapara del encierro y de la acechanza diaria de la muerte.

Fueron liberados por los rusos en 1944 y terminaron recalando en Nueva York, donde **Clara** se casó con **Paul Hoffmann**, que fue un padre para **Roald**, el cual desarrolló una brillante carrera científica que en las últimas décadas ha complementado con la escritura de poesía y obras teatrales. Hoy mantiene viva su curiosidad y sigue transmitiendo la fe en el ser humano y la fascinación por el trabajo intelectual que le transmitió su madre.

Hay muchas formas de participar en la gran tarea colectiva que es la ciencia. **Maria Mendeleev** y **Clara Hoffmann** contribuyeron de forma significativa al avance de la química aunque nunca pisaran un laboratorio. ≡

Catedrática de Química Inorgánica de la Universidad de Sevilla y miembro de la Red de Científicas Comunicadoras.